



CAPÍTULO X.

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.



LEGAMOS á la cueva una hora despues de anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caba-lleriza, atarlas al pesebre y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacia tres dias que estaba en cama, rendido á crue-les dolores de gota, y á un reumatismo, que apenas le de- jaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impacien- cia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias: dejamos á aquel mi- serable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina á cuidar de la señora que estaba sobrecogida de un parasismo mortal. Nos dimos tan buena ma- ña, que logramos volviere del desmayo: mas cuando recobró sus senti- dos, y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á la imaginacion, otro tanto se veia pintado en sus ojos, que levantaba al cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El ca- pitan, pareciéndole mejor abandonarla á sí mismo, que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros á la sala, y uno de los ladrones, que habia sido ci- rujano, reconoció el brazo del teniente, y le aplicó bálsamo. Hecha es- ta operacion, se pasó á ver lo que habia en los cofres. Halláronse algu- nos llenos de telas y encajes, otros de vestidos, y el último que se reco-

noció contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este registro, la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversacion sobre nuestra gran victoria, y Rolando, volviéndose á mí, me dijo:—Confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto.—No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fe; pero déjenme ustedes hacer dos ó tres campa- ñas, y entonces se verá si sé pelear como un Cid. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo:—Se le debe perdonar, porque la accion fué muy empeñada, y, para un mozo que jamas habia visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habiamos traído, y resol- vióse que al dia siguiente iriamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosímilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina á ver á la po- bre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberles contenido el capitan, representándoles que á lo me- nos debian de esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de triste- za que la tenia casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitan refrenó su incontinencia: sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la se- ñora, y aun despues de su muerte no habria estado seguro su honor.

Dejamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándo- se Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos ca- da cual á nuestro cuarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, quan- do, en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infe- licidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de dis- tincion, y por lo mismo me parecia ser mas deplorable su suerte. No podia pensar sin estremecerme, en los horrores que la esperaban, y me sentia tan fuertemente conmovido, como si la sangre ó el amor me hu- bieran unido á ella. En fin, despues de haberme compadecido de su des- tino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que cor- ría, y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginacion, y me ins- piró un proyecto, que medité muy bien, y á cuya ejecucion di principio de la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde lue- go en ayes y quejidos, y despues empecé á dar gritos y alaridos lastimo- sos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo un

horrible cólico; y para que lo creyesen mejor apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agi-tándome estrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranqui-lo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolcarme en la cama y á morderme las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutiles y tan astutos, se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Así pues, todos se dieron la mayor priesa á socorrerme. Uno me traia una bote-lla de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro á pesar mio me ad-ministraba una lavativa de aceite de almendras dulces; otro iba á calen-tar paños, y casi abrasando me los ponía en la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuian mis clamores á la fuerza del có-lico, y me hacian padecer dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin, no pudiendo ya sufrir mas, me ví obligado á de-cir, que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Ce-saron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme por-que no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podia tardar en venir el dia, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron.—No, no, Gil Blas, me dijo Rolando, quédate aquí, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmigo, y me dije á mí mismo:—Ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran ánimo. Ármate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en situacion de oponerse á tu gloriosa em-presa, ni Leonarda puede impedir su ejecucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamas otra tan fa-vorable. Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Le-vantéme al punto de la cama: vestíme, tomé la espada y las pistolas, fuíme derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda, me detuve, y apliqué el oido para escuchar lo que hablaba. Discurria con la señora desconocida, que, habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entonces todo su infortu-nio, lloraba amargamente, faltándole poco para desesperarse.—Llora, hi-ja mia, le decia ella, y llora todo cuanto quieras: no reprimas los suspi-ros, y da libertad á los sollozos; con eso te desahogará. Es cierto que

parecia peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Así que se te haya mitigado el pesar, que poco á poco se desva-necerá, te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada, y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una prin-cesa: todos á porfia se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostra-rán mas amor. ¡Oh, y cuántas mugeres envidiarían tu fortuna si la su-pieran!

No le dí tiempo á que dijese mas. Entréme en la cocina con intre-pidez, y púsele una pistola á los pechos, amenazándola de quitarle en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion, y aunque era ya de edad avanzada, todavía tenia tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alar-gómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, le dije:—Señora, el cielo os ha enviado un liberta-dor: levantaos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis pala-bras hicieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que le quedaban, se levantó, arrojóse á mis piés, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla del suelo, asegurándole que por mi parte nada temiese y que confiase en mi honradez. Cogí despues unos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma señora, amarré con ellos á Leonarda á los piés de una gran mesa, amenazándo-le le quitaria la vida al menor grito que diese. Encendí luego una ve-la, y acompañado de la señora desconocida pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro: llené los bolsillos de cuantos do-blones pudieron caber en ellos, y para obligar á la señora á que hiciese otro tanto, le dije que en ello no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchamos á la caballe-riza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por su-puesto que el viejo negro no me dejaria ensillar y aparejar tranquila-mente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no queria ser bueno; pero por mi buena suerte se hallaba á la sazón tan agravado de los dolores que habia pasado, y que le atormentaban aun, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de ha-berlo conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos pronta-mente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el le-vantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuer-zas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba á rayar el dia cuando nos vimos fuera de aquel abismo, y de lo que mas cuidamos entonces fué de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté á caballo, puse á la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la aventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené al punto que guisasen una liebre y asasen una perdiz. Mientras esto se disponia conduje á la señora á un cuarto donde comenzamos á discurrir, lo cual no habiamos podido hacer en el camino por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que le habia hecho, diciéndome que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames de cuyo poder la habia libertado. Contéle entonces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empené á que me favoreciese con su confianza, y me refriese sus desastres, como lo hizo, de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XI.

Historia de Doña Mencía de Mosquera.



ACÍ en Valladolid, y mi nombre es Doña Mencía de Mosquera. Mi padre Don Martin, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey. Dejóme pocos bienes, y consiguientemente, aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas á pesar de mi escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fué Don Álvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y airoso de todos, y reunia ademas otras prendas recomendables que me decidieron á su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando á esto ser muy comedido, atento, pundonoroso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso, ni mas diestro; y en las justas era la admiracion de todos su despejo, habilidad y valentía. Finalmente, le preferí á sus competidores, y le dí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con Don Andres de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas y costó la vida á Don Andres. Era éste sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente juzgó Don Álvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo:—Querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor, me perseguirá encarnizadamente. No ignoras lo

mucho que puede en España, y así no estoy seguro en el reino. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Dióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos así gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, mezclándose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo: desasióse de mí, partió y dejóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del dolor me hubiera quitado la vida! ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues de partido Don Álvaro supo su fuga el corregidor. Hizo le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Frustrólas todas mi esposo, y púsose en salvo. Viéndose el juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre cuya sangre hubiera querido beber, confiscó cuanto pertenecia á Don Álvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apenas tenia lo preciso para vivir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido, en nuestra dolorosa despedida, que de cualquier parte del mundo donde se hallase procuraría informarme de su suerte. No obstante se pasaron siete años sin saber nada de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin que, combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez, habia perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recién venido de África, asegurándome que conocia muy bien á Don Álvaro de Mello, con quien habia servido en el ejército portugues, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no vivia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid Don Ambrosio Mesía Carrillo, marques de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad, que por sus atentos y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años, y lo gran aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de Don Álvaro, y con este motivo oyó hablar de mí en términos que tuvo gran deseo de verme. Para satisfacer su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí, á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante: ¿pero qué digo, á pesar? quizá lo que mas le movió fué el mismo aire triste, melancólico y marchito en que me veia, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser causa de su amor. Por eso me dijo mas de una vez que me miraba como un prodigio de constancia, y que

envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinacion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino ésta á mi casa, y me manifestó que, habiendo mi esposo terminado sus dias en el reino de Fez, no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia ya llorado sobradamente á un hombre cuya compañía habia gozado por solos pocos momentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del marques, sus grandes bienes, y amabilísimo carácter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel enlace, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de Don Álvaro, ni por el recelo de volverle á ver cuando menos lo pensase: lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó, por mejor decir, mi repugnancia á un segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. No por esto desconfió, ni se acabardó; antes bien, interesada ya por Don Ambrosio, redobló sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del marques. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no perdiese tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fué esto lo que menos, contribuyó á dejar vencer mi repugnancia.

No pudiendo, pues, resistir mas tiempo, cedí al fin á tan repetidas porfias, y caséme con el marques de la Guardia, el cual el dia despues de la boda me condujo á una bellissima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Tardajos y Revilla. Desde luego se poseyó de un amor vehemente hácia mí: observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme: estudiaba en proporcionarme todo cuanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamas amante alguno empleó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á Don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á Don Álvaro; pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á una segunda pasion. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo para hacerse querer de mí: no podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y espresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion, cuando un dia, asomándome á una ventana de mi cuarto, ví en el jardin un aldeano que me miraba con particular atencion. Túvele por criado del jardinero, y por entonces no hi-

ce caso de él; pero al día siguiente, habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me conmovió. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró descubrir en él la fisonomía del desgraciado Don Álvaro. Esta semejanza escitó en todos mis sentidos una turbacion inesplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entonces con Ines, la criada de mi mayor confianza: descubríle la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado.—Serenaos, señora, me dijo, y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aquí con el disfraz de aldeano, ni se hace creible que aun viva.—Yo misma, añadió, voy ahora al jardin á ver á ese hombre, á informarme de quién es, y volveré al momento á desengañaros. Marchó al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi cuarto muy alterada:—Señora, me dijo, vuestra sospecha fué por cierto bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo Don Álvaro: luego se me descubrió, y desea hablaros á solas.

Podia recibirle entonces, porque el marques habia partido á Burgos, y así dije á Ines que le condujese á mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitacion en que yo me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme cuanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Así él como Ines me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo:—Tranquilizaos, señora, me dijo Don Álvaro y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pedir os cuenta de la fe que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo enlace que contragisteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela, y no ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, cuanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente, sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de....— ¡Ah, Don Álvaro, le interrumpí yo anegada en lágrimas, ¡por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa puesto que vivis. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con Don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin avergonzarme.

—Amada Mencía, replicó Don Álvaro en un tono que mostraba bien

cuanto le habian enternecido mis lágrimas, yo no me quejo de tí, antes bien lejos de censurar la brillantez en que te veo, juro que doy al cielo mil gracias. Desde el triste día en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué un tejido de desdichas y para su colmo nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la situacion á que mi fatal cariño te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía bañada en lágrimas, y esta consideracion era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenia por delito la dicha de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á cualquier otro de mis competidores cuando reflexionaba en lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Por fin, despues de siete años de penas, mas enamorado de tí que nunca, he querido volver á verte. No he podido resistir á este deseo, y habiéndomelo permitido satisfacer el término de una larga esclavitud, he vuelto á Valladolid disfrazado en este trage, á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí lo he sabido todo, y he venido en seguida á esta posesion, donde he hallado modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que he tomado para lograr hablarte en secreto. Mas no te imagines que con mi presencia vengo aquí á turbar la ventura que gozas. Ámote mas que á mí mismo: respeto tu reposo; y acabada esta conversacion parto lejos de tí á terminar mis tristes días, que sacrifico á tu amor.

—No, Don Álvaro, no, exclamé al oír estas palabras: el cielo no te ha traído aquí en balde; y no permitiré que segunda vez te apartes de mí: quiero ir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar en adelante.—Creeme á mí, Mencía, me replicó, vive con Don Ambrosio, y no quieras ser compañera de mis desdichas: deja que cargue yo solo con todo el peso de ellas. Añadió á estas otras razones semejantes; pero cuanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dijo:—Mencía, pues todavía amas tanto á Don Álvaro, que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémos de la ausencia de Don Ambrosio. Voy á dar orden de que traigan